

Crisis eterna de la deuda externa en América Latina

Klaus Vathróder, S.J.

Durante toda la década de los 90, mientras la economía mundial prosperó con altas tasas de crecimiento, América Latina fue la única región que tenía un déficit en su balance por cuenta corriente.

La estabilidad monetaria se mantuvo por una sobrevaluación de la moneda: importaciones baratas, exportaciones muy caras. La producción de bienes y servicios en América Latina no fue competitiva para el mercado mundial.

¿Qué se hace cuando hay un incendio? Se llama a los bomberos. Así ocurrió en septiembre del año pasado, cuando el gobierno de Brasil llamó al Fondo Monetario Internacional (FMI), pidiendo un crédito récord de 30 mil millones de dólares, desembolsados durante los 15 meses siguientes. Brasil se vio envuelto en una crisis financiera por la pérdida de confianza de los financistas internacionales. El "virus argentino" se extendió. Con este crédito "stand-by" se quería evitar sobre todo dos cosas: que Brasil se desplomara bajo el peso de una deuda externa de 264 mil millones de dólares, y que la crisis se extendiera por todo el continente.

Esto también se llama "bail out". El FMI aseguró con su dinero —es decir, con el dinero de sus países miembros, o mejor dicho aún, con el dinero de los contribuyentes del primer mundo— que los inversionistas financieros no perdieran el suyo. Las acciones de los bancos

estadounidenses y europeos, que tienen posiciones amplias en Brasil, agradecieron esta medida: subieron entre el 5 y el 10%.

Despegue prometedor y aterrizaje duro

Al comienzo de la década de los noventa, el futuro pareció glorioso para toda América Latina. La gran mayoría de los países se había liberado de las dictaduras, y la crisis de la deuda externa de los años 80, con sus consecuencias nefastas, parecía superada. Los Estados seguían las recomendaciones de los economistas en boga, liberalizando sus economías y beneficiándose con afluencias crecientes de capitales. Las inversiones directas, los créditos y el capital portafolio entrante posibilitaron altas tasas de crecimiento. El futuro económico se ubicó en América Latina, allí donde se encontraban los "emerging markets", los "mercados emergentes".

Liberalización fue la receta principal del Banco Mundial y del FMI: reducir los gastos del Estado, privatización, desregularización, bajar aranceles, combatir la inflación. Argentina se convirtió en el discípulo ejemplar de la estrategia liberal. El Gobierno argentino amarró el tipo de cambio del peso con el dólar estadounidense. La hiperinflación desapareció. Otros países en América Latina siguieron la misma política económica con menos rigidez, procuraron estabilidad cambiaria, y la afluencia de capitales extranjeros y crecimiento sin inflación.

Hoy parece que eso pasó hace mucho tiempo. Otra vez América Latina es sinónimo de "crisis", y Argentina es el caso más trágico. Todos, los Gobiernos nacionales, las instituciones financieras multinacionales y los inversionistas internacionales descuidaron un punto simple pero importante: quien se endeuda en moneda fuerte, en el futuro, debe tener la capacidad de repagar la deuda en moneda fuerte. Entre los años 1991 y 2000, la deuda externa de la región subió en 58 por ciento a 780 mil millones de dólares. El crecimiento de la década de los 90 fue un crecimiento fiado.

Durante toda la década de los 90, mientras la economía mundial prosperó con altas tasas de crecimiento, América Latina fue la única región que tenía un déficit en su balance de cuenta corriente. La estabilidad monetaria se mantuvo por una sobrevaluación de la moneda: importaciones baratas, exportaciones muy caras. La producción de bienes y servicios en América Latina no fue competitiva para el mercado mundial.

Cuanto más duraba esta constelación—sobrevaluación, deuda externa creciente y exportaciones estancadas—menos confianza sentían los inversionistas extranjeros hacia la región. Al final de los 90, los flujos internacionales cambiaron la dirección. Entretanto por el servicio de la deuda y pagos de dividendos para inversiones anteriores directas, es más el capital que sale de América Latina que el que entra. Desde 1999, la salida anual neta de capital está entre el 0,3 y 0,5 del producto regional.

Confrontando esta situación, los países tenían que asegurar la solvencia internacional, siguiendo el pago del servicio de la deuda externa. Pero a corto plazo es imposible aumentar significativamente las exportaciones. No les quedó otro remedio que bajar las importaciones, estrangulando la coyuntura interna. Resultado: desde 1998, el ingreso per cápita en América Latina bajó en un 1,8 por ciento.

¡Gracias emigrantes!

Esta situación sería todavía más grave, si no existiera el fenómeno de la entrada creciente de las remesas. Estas transferencias monetarias de parientes desde el exterior, no solamente ayudan a la supervivencia de muchas familias en América Latina, sino que además, tienen un papel importante en el balance de cuenta corriente de los Estados del continente.

En los países pequeños, las remesas sobrepasan los ingresos por las principales exportaciones, y se han convertido en una importante pieza de las economías nacionales. En

el 2001, para Ecuador, las remesas significaban el 10% de los ingresos por divisas, en Haití el 17%, en Nicaragua el 15%, en El Salvador el 13% y en República Dominicana el 10%. Las remesas también son una ayuda nada despreciable para los países grandes. En el 2001, Brasil recibió unos 2,6 mil millones de dólares y los mejicanos en el exterior mandaron a su patria unos 9,3 mil millones de dólares.

En el año 2001, se estimó el total de las remesas en unos 23 mil millones de dólares, y para el año 2002 en unos 30 mil millones de dólares. Tendencia al alza. Hace tiempo esta suma sobrepasa la ayuda oficial al desarrollo. Dicho eso de paso, es también un buen negocio para las instituciones de servicios financieros en los países de origen: cada año les queda unos 3 mil millones de dólares por su servicio de transferencias.

Deuda externa: nada resuelto

América Latina se encuentra otra vez en una crisis por deuda externa, muy semejante a la de hace 20 años. Los esfuerzos de muchos países por modernizar sus economías, y adaptarse a las condiciones de un mercado globalizado, no tuvieron los resultados esperados. Por supuesto, el proteccionismo de los años 60 y 70 tampoco resultó en una economía eficiente y apta para la competencia mundial. Parece que después de la imposición de liberalización, privatización y desregularización, según las recetas de la economía ortodoxa, estamos donde hemos comenzado. Ambos modelos apostaron al crecimiento a través del endeudamiento externo y,

finalmente, se vieron atrapados en la trampa de la deuda.

Desarrollo económico sustentable, competitividad internacional y mercados internos suficientes se alcanzan, cuando se conserva una cierta independencia de los vaivenes de los mercados internacionales de capital. China y algunos otros países del sureste de Asia son ejemplo de ello: fomentar las exportaciones, restringir selectivamente las importaciones y manejar cuidadosamente los créditos internacionales e inversiones directas para limitar el endeudamiento externo. Hasta ahora China no se ha visto afectada por las turbulencias financieras de los "mercados emergentes".

¿Qué pueden hacer los países latinoamericanos endeudados? Nadie puede recomendar seriamente el regreso al proteccionismo, pero la solución tampoco está en "profundizar las reformas" como recomiendan los economistas del "main stream". Se tiene que aumentar las exportaciones, pero los países industrializados más bien dificultan este propósito. Aranceles y restricciones no arancelarias impiden el acceso a los mercados de los países industrializados en sectores tan importantes como la agricultura y el textil. Además, la maximización de las exportaciones parece un trabajo de Sísifo: El endeudamiento es tan alto que la relación en toda América Latina entre el servicio de la deuda y el ingreso por exportaciones es de 50%. Cada segundo dólar que se cobra por concepto de exportaciones se gasta en intereses y en amortización. En Brasil y Argentina, esta relación toma la cifra absurda de 75 y 110% respectivamente.

Créditos nuevos del FMI, condicionados con imposiciones ortodoxas, a lo mejor postergan el problema, satisfacen a los acreedores internacionales y, a corto plazo, impiden que la crisis se extienda. No son una solución sustentable. Actualmente el FMI experimenta otra variante de política en Argentina, a cuerpo vivo y sin anestesia. La simple negación de créditos transitorios significa la ruina económica y social para el país.

La crisis económica en América Latina no se puede solucionar sin una cancelación profunda de la deuda externa. Recientemente, durante el último encuentro anual del FMI y del Banco Mundial, se discutió un procedimiento para Estados insolventes. Esto es un paso en la dirección correcta y a largo plazo también conviene a los intereses de los acreedores internacionales. Evidentemente, una cancelación de la deuda no garantiza el éxito de las economías en crisis, pero por lo menos abre un camino para un desarrollo económico sustentable. Sin una cancelación de la deuda, existe la garantía que las crisis financieras continuarán durante el siglo XXI con consecuencias sociales y económicas desastrosas para muchos países.

.....

Klaus Vathroder, S.J.

M. en Economía.

Director del Centro Gumilla

La crisis económica en América Latina no se puede solucionar sin una cancelación profunda de la deuda externa. Recientemente, durante el último encuentro anual del FMI y del Banco Mundial, se discutió un procedimiento para Estados insolventes. Esto es un paso en la dirección correcta y a largo plazo también conviene a los intereses de los acreedores internacionales. Evidentemente, una cancelación de la deuda no garantiza el éxito de las economías en crisis, pero por lo menos abre un camino para un desarrollo económico sustentable.